

Premonición

Cuando aspiré accidentalmente su aliento de boñiga, supe que Aurorita se iba a morir.

Así lo comenté en mi círculo de amigos, durante el velatorio, el entierro, los "nueve días" y ayer que fue su primer Todosantos.

Aurorita, sin duda, era la mujer más fea del pueblo. A pesar de su juventud (veinticinco años, creo), tenía el rostro marchito y macilento, a causa de la tisis que padecía desde niña. Estaba escuálida, casi en los puros huesos, y tenía un porte muy desgarrado. Su voz ramploña y sin tonalidades sobrecogía al que la escuchara. Frecuentaba poco las calles y peor aún las escasas reuniones sociales. Tal vez, consciente de su situación, Aurorita se refugiaba tras el mostrador de la pensión que su hermana Estefanía mantenía a la entrada del pueblo. Digo que lo hacía no tanto por atender los quehaceres propios del negocio, al que poco mérito le hacía con su presencia, como por vigilar las maniobras de su hermana siempre propensa a los tunantes que frecuentaban la pensión. Creo que su padre, el único ganadero de la zona, le recomendaba así. Entonces se entenderá por qué los parroquianos acudíamos con asiduidad, sobre todo a la hora de las comidas, para liberar nuestros requiebros amorosos que por contemplar a la estantigua de Aurorita.

Pero, Aurorita, con su tos seca y sus ojos vacuos y hundidos, permanecía a la vera del camino, aferrada a esa vida inútil que se le escapaba con cada espanto. Desahuciada por los médicos y los curanderos del pueblo, vegetaba allí ya ajena a los ruidos de este mundo y a los placeres de la carne. Murió virgen, de seguro.

Cuando la abandonamos en la tierra a merced de los gusanos necróforos, pesaba una miseria. El mismo olor de boñiga se escapó de su caja, mientras la abrimos para brindarle el último adiós. Ese mismo maldito olor que me rodea hoy, querida, como un abrazo letal que adormece mis sentidos. Por eso sé que voy a morir.

Por eso también comprendo la extraña ceremonia de expurgación que siguió al lavatorio. Eso, que tú no lo entenderías, aunque te lo dijera. Nos reunimos, cuento, dolientes y condolientes, para compartir la pitanza de la difunta. Una cena común y más bien pródiga. Estefanía iba de un lado a otro repartiendo platos y cubiertos. Vestía riguroso luto como los demás miembros de su familia; pero llevaba un escote atrevido y una pollera menuda, que sus ajetreos permitían entrever la naciente de unos senos lúbricos, turgentes, apetitosos como frutas en sazón y unos muslos adiposos, bien redondos que emergían de un trasero generoso. Como a propósito se movía voluptuosa, provocativa, segura quizás de que nuestras miradas no se

desprendían de ella. Incluso sus enaguas tenían los bordes plegados en alforza, como haciendo evidente el reclamo de un novio. Y sonreía descarada, abiertamente tentadora. Por estarla contemplado azonzado, perdí el equilibrio del plato que me había alcanzado y lo eché a rodar por el suelo. Advertí que su padre la reprendió aparte y la envió a un rincón donde su madre sollozaba hasta sorberse los mocos.

En esas, irrumpió un anciano emponchado que llevaba un laque enrollado a una de sus muñecas. Se acercó a la cabecera de la estancia donde se había erigido un tosco monumento funerario, armado de las ropas y otros enseres de la difunta. Se persignó y rezó brevemente. Luego nos fulminó con una mirada rabiosa, como buscando un enemigo. Yo pensé: "a ese tipo le molesta que no le hayamos aguardado para cenar". Pero antes que terminara este pensamiento, ya el fulano estaba dando de garrotazos a diestra y siniestra, empezando por la gente más próxima a la puerta. Y nadie se atrevía a reconvenir. Tampoco tuve tiempo de hacerlo, entretenido como estaba en sostener el plato, cuando un par de buenos rebencazos hirió mi cuerpo. Y así fue distribuyendo su cuota rectora, con energía y resolución, mientras gritaba a viva voz jaira, jaira. Concluyó jadeante la faena. Al cabo, los dolientes le ofrecieron un sitio de honor y le colmaron de atenciones, especialmente de una bandeja repleta de asado criollo de llama y varias botellas de cerveza y vino.

Sucesivos lavatorios me permitieron desentrañar el misterio: Todas las pertenencias del muerto eran sometidas a una limpia rigurosa; las menos útiles rendían culto al fuego. La persona encargada del rito (un anciano, generalmente), tenía la rara virtud de entender el mensaje de las llamas, cuando éstas proyectaban las sombras de quienes asistían a la quema, y, según se cuenta, de alguno faltaba la región de la cabeza. Era el fatal elegido. El propósito de los latigazos obedecía, en consecuencia, a una tarea de ahuyentar el espíritu, cuasi descendido a la categoría de inútil y flojo, que tentaba evadirse de este mundo.

Confieso que he pecado, es más, confieso que te fui infiel. Sí, la poseí, a Estefanía. De nada vale ocultar el hecho, si voy a morir. Fue ayer, cuando se conmemoró el primer Todosantos de Aurorita. Sucede que en este pueblo son consecuentes con sus tradiciones. Después de gaudular durante toda la mañana, visitando las tumbas y distribuyendo oraciones, nos concertamos en la casa de Aurorita para degustar las comidas preparadas en su memoria. Iniciaron con ofrecernos una deliciosa sopa de fideos, luego un guisado de cordero, enseguida una mazamorra dulce de harina blanca, coloreada de rosado y de remate un calentísimo graneado de quinua, ya sin cubiertos. Curiosamente a suponer lo que se debía hacer, alguien tentó en arrojar algunos granos al rostro de su vecino, éste hizo lo mismo; al instante la sala no era otra cosa que un campo de batalla donde unos y otros nos aventábamos quinua caliente a discreción, entre risas y persecuciones.

De la casa de Aurorita nos fuimos a otras, sucesivamente, para engolarnos de similares comidas.

En horas de la tarde, compactas caravanas de

personas se trasladaron hacia el cementerio, en las afueras del pueblo. Lo demás eran rutinarias ceremonias de rezos y canonjías. Por cierto que la gente es pródiga en distribuir los panales, los bizcochuelos, las masitas dulces, las **thanta huahuas** y las bebidas. Helos, en cantidad, sobre la mesa.

Casi al oscurecer retornamos al pueblo. Poco después ganaron las calles dos jubilosas comparsas, compuestas en su mayoría por gente joven, que iban trotando incansablemente al ritmo de huayños de la región. Eran las comparsas arribeña y abajeña, representantes de su ayllus, que anunciaban el preludio de otra fiesta mayor. El jolgorio duró toda la noche. Por supuesto que eran las mujeres quienes llevaban la batuta y eran las mismas que, con sus donaires, conquistaban a más parejas masculinas para engrosar sus filas. ¿Es preciso más detalles para decirte que así fue cómo caí en la tentación? Naturalmente que a Estefanía le sobraban motivos y encantos para arrebatarse cualquier corazón. Yo no fui inmune a sus requerimientos. ¿Cómo iba a saber que llegarías? Estaba convencido de que la lejanía de este pueblo y los malabarismos que había que hacer para arribar a él, eran suficiente desaliento para emprender un viaje. Pero viajante y justo ahora. ¿Comentarios te llegaron?... Chismes, puros chismes, te juro.

Me sorprendí al verte esta madrugada parada frente a la puerta, con una pequeña valija de mano, resuelta e inquisitorial. Enseguida comprendí que había sido descubierto, que la historia llegaba a su fin. Ni siquiera permitiste que acabara de vestirme, que también Estefanía cubriera su espléndida desnudez, agarrotada como estaba junto a las sábanas. Lamento que esto terminara así, que ese bello cuerpo blanco y lascivo yaciera en el piso, con las piernas esparrocadas sobre la cama revuelta y con la sangre, todavía caliente, escurriéndose de ese feo agujero que le hiciste en el pecho.

Mi último deseo: no me abandones en este páramo. Llévame como carga inútil (que eso es, después de todo, cualquier cadáver) y entrégame a mi madre. No deseo que mi alma ande rodando por ahí, buscando quién sabe qué almas para arrancarse con su compañía.

También ahora sé que éste es el tributo a mi clarividencia: un soplo ominoso que alevé inició su última jornada, mutilando la sombra de mi cabeza, aquella última ocasión en que observaba la fogata de los difuntos. ¿Por qué no me darían de garrotazos esa vez?

Bueno, María, termina de una vez con tu esposo. Que no tiemble tu mano en el instante de accionar el gatillo, porque ese vaho pestilente que me recuerda a Aurorita, ya abruma mis sentidos y me insta a partir.

Zenobio Calizaya Velásquez
Premonición es Premio Mención de Honor, Certamen Literario Internacional Sociedad de Poetas y Escritores de la Matanza Provincia de Buenos Aires - República Argentina.

Ramos Mejía, abril de 1995